

# El siglo XX y el deporte: balance y perspectivas

El siglo XXI será un siglo espiritual o no será  
ANDRÉ MALRAUX

Recientemente hemos asistido a un debate espontáneo en torno al siglo XX y su significación en la trayectoria histórica del ser humano. La mayoría de los historiadores coincide en señalarlo como un siglo corto, que propiamente va desde 1914 hasta 1989. Se inicia con la mundialización de un conflicto armado ubicado básicamente en Europa (la 1ª Guerra Mundial) y concluye con el derrumbe del muro de Berlín, lo que supone el desmoronamiento del sistema comunista en la Europa Oriental, la eliminación de las barreras políticas heredadas de la guerra fría y el aperturismo hacia un proceso de globalización tecno-económica y cultural. Ha sido un período intenso, dinámico, terrible y esperanzador, en el que Occidente cierra un ciclo histórico de quinientos años de apasionada exploración y dominación sobre el mundo, cimentado en la necesidad de occidentalizar lo ajeno y en la búsqueda de nuevas oportunidades. Su histórica misión le lleva a refundir el mundo en una original unidad que lleva su indiscutible sello: la globalización.

Durante el siglo, la humanidad ha doblado la población de 3000 a 6000 millones, ha incrementado notablemente la esperanza de vida (un tercio más en los países desarrollados), la educación y la sanidad se han convertido en servicios accesibles a todos los ciudadanos, se ha extendido la información instantánea a todos los confines del planeta y se ha ido acelerando la participación política ampliando el pluralismo y la riqueza (actualmente existe democracia en un 46% de los países independientes –88 estados–, en los cuales habita un 40% de la población).

El balance positivo de los últimos cien años nos enseña que a mayor libertad política y económica, mayor crecimiento colectivo y más prosperidad personal. Los grandes valores de la modernidad: libertad, igualdad y solidaridad; han sido conquistados en gran medida por el sacrificio de millones y millones de hombres y mujeres a lo largo de este período, haciendo retroceder la tenebrosa amenaza de los "ismos". El siglo que acaba de concluir estuvo dominado por los grandes fanatismos, siendo sin duda el más sangriento de la historia humana. El utopismo es la madre de todos los "ismos", la idea de que una creencia puede proporcionar un mundo perfecto y el intento de imposición sobre toda la población ha sido nefasta para el hombre. La historia del siglo reciente nos demuestra que las ideologías dogmáticas e imbuidas de gran certeza son extremadamente peligrosas para el equilibrio pacífico entre las comunidades, el mundo resulta más seguro y es más próspero cuando moderamos las ideologías y aceptamos la pluralidad. Contra las ideologías que orientaron la acción y el pensamiento en las nueve décadas del siglo, el tramo final se ha saldado entre la disolución de las utopías, la supremacía del razonamiento y el mercado único.

Desde la perspectiva que aporta la historia inmediata, los acontecimientos de estos cien años que mayor impacto relativo han tenido sobre el siglo en relación a las otras centurias forman a mi entender el siguiente decálogo: 1. La democratización del ocio: éste ha dejado de ser un privilegio de las clases más favorecidas para convertirse en un nuevo derecho humano accesible a toda la población. La transformación del mundo laboral, el aumento de la esperanza de vida, la mejora de las condiciones materiales y el dominio productivo del sector terciario (servicios) han facilitado la legitimación moral del ocio y su implantación en amplios dominios de la vida. 2. La conquista del espacio: que nos ha llevado a la Luna, la comunicación por satélite y el descubrimiento de otros planetas allende de nuestro sistema solar. 3. El ascenso de la mujer: la creciente pérdida de poder de los hombres sobre las mujeres, la crisis del patriarcado y los movimientos feministas han propiciado, junto a la conquista del ocio, las grandes revoluciones sociales del siglo. 4. La investigación biotecnológica: hemos dado con el código genético de la vida y los científicos tienen la posibilidad de alterarlo. Se abren fuertes interrogantes éticos. 5. La cultura de la imagen: el cine y la televisión corresponden a la cultura del siglo XX –según Norbert Bilbeny– las imágenes del primero fabrican sueños; las de la televisión fabrican la realidad. 6. La sinrazón bélica: las dos guerras mundiales, la guerra fría y el peligro nuclear y un sinnúmero de guerras menores que han assolado la Tierra en este período. 7. La sinrazón racial: ante los campos de exterminio nazi y los distintos genocidios étnicos que han protagonizado este siglo. 8. La sinrazón del progreso ilimitado: con la extenuación de los recursos naturales del planeta y la extinción acelerada de especies de la vida animal y vegetal. 9. La sinrazón de la repartición de la riqueza: El ochenta por ciento de la población mundial sobrevive con un escaso veinte por ciento de la riqueza total, alrededor de una cuarta parte de la población carece de agua potable y una quinta parte de los habitantes del planeta subsiste con menos de un euro por día. 10. La sinrazón del desequilibrio medioambiental: la explosión demográfica de los países del Sur, la contaminación atmosférica, la desertización son algunas de las alteraciones que han provocado en nuestro delicado entorno, el efecto invernadero, el agujero de la capa de ozono o el incremento de los desastres naturales.

Sin embargo, por encima de las miserias y grandezas de nuestro siglo, hoy emerge con fuerza el legado más decisivo que hemos recibido: el reconocimiento de todos los individuos de la especie humana como partícipes inexcusables de un solo mundo interrelacionado e interdependiente, telecableado y telecomunicado, único y plural. Los moradores de este mundo han comprendido que el destino del planeta es responsabilidad de todos sus habi-

tantes, los problemas y las soluciones son transnacionales y los proyectos correspondientes deben ser conjuntos, las economías se han globalizado e *Internet* (que representa el icono que materializa el desarrollo tecnológico) ha conectado al mundo y ha transformado las formas sociales de producción, convirtiéndolo en una gigantesca red de telecomunicaciones en la que circula libremente la información. La crucial concienciación del género humano en su autoaceptación como especie que para optar al progreso y bienestar, como forma de subsistencia, necesita mantener una estrecha cooperación con el entorno medioambiental y con los seres humanos entre sí, determina al hombre de hoy. Éste, muy desideologizado, se siente por encima de cualquier otro particularismo habitante del planeta, universal y local al mismo tiempo, como nunca antes se había dado en la historia, lo que favorece el sentimiento de solidaridad (escenificado actualmente con el incesante crecimiento de ONG) y proyecta en cada uno de nosotros la unidad de destino universal.

Algunos autores, como Th. Veblen, han denominado la pasada centena como el siglo del ocio y es que a través del tiempo de ocio los grandes segmentos de la población trabajadora, los niños, los ancianos y las mujeres han mejorado notablemente la calidad de vida y se han insertado de forma efectiva a la vida social. El ocio que tradicionalmente se había visto como un placer prohibido, en la actualidad se manifiesta como un incontenible deseo capaz de desencadenar las fuerzas de la cultura, la imaginación y los sueños humanos. En este ámbito se desarrolla el deporte en su doble dimensión, como práctica lúdica muy competitiva de considerable exigencia física practicada de manera más o menos espontánea por millones y millones de individuos en todo el orbe que tiene como referente las enormes parafernalias del deporte de alto rendimiento. Éste se constituye pronto en la primera oferta del mundo del espectáculo capaz de congregarse en un solo acto (Juegos Olímpicos, Campeonatos del Mundo), a través de los larguísima brazos de los medios de comunicación, a las dos terceras partes de la población mundial. El deporte ha pasado de ser una práctica y un espectáculo de unos pocos pioneros a ser omnipresente en nuestro entorno: en las escuelas, los medios de comunicación, los estadios, las asociaciones, el lenguaje, la vestimenta, las tertulias, las adhesiones, las emociones, las conductas, el paisaje urbano o el estilo de vida. Es tan evidente su presencia que autores, como François Mauriac, en la década de los sesenta, se han atrevido a afirmar que el siglo XX es el siglo del deporte.

Sin llegar al extremo de identificar al siglo con el deporte, lo que sí creemos es que en este periodo el deporte se ha convertido en el hilo conductor del siglo, su fiel cronista, que occidentaliza e impregna de sus valores ocultos a toda la población que está sometida a su influencia. El deporte, sin quererlo o sin saberlo, por azar o necesidad, se ha constituido en un aparato ideológico del Estado (Louis Althusser) cuyas ideas y conceptos morales son periódicamente difundidas por el deporte espectáculo entre la población que lo sigue, lo jalea, lo practica y lo proyecta. Los pilares fundamentales de la modernidad: libertad, igualdad y fraternidad, se cumplen con pasmosa fidelidad en el deporte (aunque en el fondo, esta correlación es más aparente que real). Libertad de opción deportiva práctica o elección del espectáculo (el deporte se configura como un derecho constitucional del ciudadano y el Estado debe facilitar su práctica y difusión). Igualdad en la competición, sin distinción de raza, bandera, religión o ideología.

Fraternidad (solidaridad) a través del deporte, mediante la celebración de eventos locales, nacionales e internacionales en torno a conflictos no cruentos con muerte simbólica que sustituyen a los combates bélicos de antaño. Si Johan Huizinga, en 1938, alertó del resurgimiento del *homo ludens*, hoy podemos cerciorar la existencia del *homo deportivus*.

El deporte, nacido en la sociedad liberal inglesa, surge como práctica agonística contemporánea en los albores de la revolución industrial al socaire de la apuesta y el espectáculo, supera todos los particularismos culturales o sociales a los que está inicialmente sometido por su adscripción primera y se convierte, conjuntamente con la ciencia, en un eficaz lenguaje universal aceptado por todos los estratos sociales y la gran mayoría de las comunidades existentes. Pronto se emancipa de todas las ataduras iniciales y se convierte en pieza clave del engranaje ideológico de todos los "ismos" del siglo: el liberalismo, el nazismo, el fascismo, el comunismo, el nacionalismo o el globalismo. El deporte ha sobrevivido a las sucesivas metamorfosis a que ha sido sometido y se ha convertido en uno de los hechos más característicos y de mayor impacto del siglo XX. Mediante el microcosmos del sistema deporte se puede recorrer de manera fidedigna una parte fundamental de la historia del siglo, constituyendo un guión imprescindible para revisar y conocer nuestra centuria. El siglo XX no se explica sólo con el deporte, pero es muy poco sin él.

La tarea del siglo XXI estriba en recuperar un feliz destino para la especie, pacífico, solidario, ilustrado, progresivamente equitativo y con una razonable política de igualdad de oportunidades; para ello será preciso extender y profundizar el sistema de libertades. Los cambios que se han producido han sido determinantes para que exista conciencia de la urgente necesidad de un desarrollo sostenible global, humano y social que proteja nuestro *habitat* común y asegure las bases de una convivencia pacífica con estabilidad política y social en el seno de cada Estado. El nuevo siglo nace con el deseo de construir un mundo mejor que rechace la degeneración de la cultura, los alimentos, la sanidad, la política, el deporte, la enseñanza, la cohesión social, las ciudades y logre la superación de las sinrazones que llevaron al mundo al borde de la autodestrucción. Para ello es necesario potenciar y generalizar la educación de las nuevas generaciones de todo el orbe (entendido este proceso como la mejor inversión socio-económica que se pueda realizar) y conseguir el consenso universal para poner al servicio de nuestras comunidades una ética global común en la que predomine el valor del *ser*, del *saber* y del *hacer* sobre el *tener* y el *dilapidar*, a modo de afirmación personal y colectiva frente al estilo de vida consumista.

Al igual que en el pasado, el deporte debe continuar como elemento conductor, homogenizador y globalizador que nos aproxime a los demás mediante un espectáculo, una práctica y una actitud que vindique la equidad, la igualdad y la solidaridad y, sobre todo, difunda la nueva ética global que nos permita ser activos, autónomos, solidarios, concienciados con nuestro destino y mejor preparados individual y colectivamente en la lucha por la subsistencia.

En definitiva, abogamos porque el deporte y el siglo XXI sean menos materialistas y más espiritualistas.

**Javier Olivera Betrán**